



manuel olimón nolasco

historiador

UNA LUZ QUEDÓ ENCENDIDA.¹

Al Rabino Marcelo Rittner, amigo portador de luz.

P. Manuel Olimón Nolasco

A modo de un vuelo instantáneo va mi memoria y mi afecto a Jerusalén. A un día de febrero de 1993, es decir, a más de veintidós años de distancia.

Había concluido una reunión histórica, ocasión singular y significativa: un Congreso de diálogo Judeo Cristiano, el primero de dimensiones mundiales. Gracias a la generosidad de la comunidad judía mexicana, habíamos tomado parte en él Marcelo y quien escribe estas líneas. Tal vez a causa de nuestra "puntualidad mexicana" llegamos tarde a una ceremonia de sencillez emocionante. En ella los participantes encendieron cada uno una vela, signo universal de presencia y de devoción que se eleva al cielo desde esta tierra que pisamos. Solos y tardíos, encendimos la nuestra. Fue, sin embargo, el momento en que un fotógrafo de una revista alemana llegó, hizo funcionar su máquina y no sólo quedó impresa en ella nuestra imagen, sino que fue a dar a la revista y quedó como testimonio vivo de una realidad que al mismo tiempo es un anhelo: así como un solo cielo nos cobija y una sola tierra nos da su regazo, un solo Dios nos ha llamado a servir a su pueblo, a recordarle que "el Amor es más fuerte que la muerte" y que quien sigue sus senderos "es como el árbol frondoso sembrado a la orilla del torrente, que da fruto a su tiempo y jamás marchita sus hojas".

¹ Texto entregado para el libro para el homenaje al rabino Marcelo Rittner.- Comunidad Bet-El. Ciudad de México, 29 de noviembre de 2015.

Al traer a la memoria a Marcelo y tratar de resumir en un concepto sencillo su amistad, la concentro precisamente en decir que es alguien "portador de luz": hombre de fe, de convicciones definidas, arraigado en los valores de la familia en la que ha sido padre ejemplar y después abuelo; probado en el sufrimiento y abierto siempre a la esperanza que no es ilusión sino construcción paciente y entrega diaria.

Nunca me ha cabido la duda de que el ministerio que por cuarenta años ha ejercido Marcelo no lo ha tomado como el cumplimiento de un oficio o el desarrollo de una profesión, aunque esta sea de índole religiosa. Lo ha ejercido como un servicio ascendente y descendente: de plegaria sincera y constante a lo Alto y de caudal de bendiciones para quienes peregrinan en esta tierra. Es un servicio que sólo puede comprenderse en un ambiente en el que Dios no es un concepto o una figura lejana sino alguien cercano, compañero de camino, pero cuyos signos, a veces sutiles o dichos en voz baja, requieren la entrega y el ministerio de alguien para ser comprendidos y llevados al corazón como instrumentos de paz. Este ministerio empapado en la fe es más necesario en los tiempos que corren, donde las huellas del bien y del amor parecen esconderse y la humanidad es arrastrada por los ídolos, más sutiles los actuales que los antiguos que eran de madera, de piedra o de oro, pero cuyas manos también no palpan, sus oídos no escuchan y sus ojos no ven: el poder, el placer y el tener.

Podría señalar no pocas ocasiones en que junto con Marcelo sostuve diálogos en ámbitos tanto académicos como religiosos y cómo pude apreciar la riqueza de sentarse a conversar sin prejuicios, sin intenciones proselitistas, como buscadores de una verdad que aunque tiene matices es solamente una. Muy especialmente aprendí el enriquecimiento mutuo que brota del diálogo entre judíos y cristianos, tanto por el hecho de abreviar en las fuentes bíblicas comunes como por atrevernos a buscar juntos un camino para la verdadera paz, no la que simplemente es ausencia temporal de guerras, sino la que echa raíces en la voluntad y se convierte en brújula que orienta la vida diaria.

Debo decir que mi costumbre de ser lector me llevó a recibir con gratitud dos regalos especiales del rabino Rittner: la "Hagadá de Pésaj" que publicó la Comunidad Bet-El que enriqueció no sólo mi acercamiento al Éxodo bíblico sino la convicción de que la humanidad de hoy sufre tantas esclavitudes como el pueblo antiguo en Egipto y sigue estando en estado de éxodo, necesitada de implorar el auxilio del "brazo poderoso de Dios" y de batallar a favor de la auténtica libertad. Cada año medito en estas frases: "[...] Al celebrar Pésaj estamos creando la oportunidad de un

nuevo nacimiento tanto intelectual como espiritual para nuestro pueblo, pero en realidad, el acto de celebrar la fiesta de la libertad debería significar para nosotros un acto de amor, un acto que revele nuestro agradecimiento y nuestro amor por Dios". Y si cada año me da ánimo personal y también para mi ministerio en la Iglesia esa meditación, Marcelo me dio un obsequio de paz interior extraordinario--como creo que a muchos--cuando puso en mis manos poco después de la muerte de mi madre en 2005 su delicado y profundo libro "Aprender a decir adiós". Ese aprendizaje es fundamental para afrontar la vida no como un destino fatal, sino como lo que es: un don de Dios para sembrar amor verdadero, es decir, entrega y gozo por dar lo que se tiene.

Gracias Marcelo.

